

DOÑA DOMINGA, ANDERA DE LA VIRGEN

Cuando llegué de Santiago a vivir a Isla de Maipo, a la primera persona que conocí fue a Doña Dominga. Ella llamó a mi puerta y me dio la bienvenida diciendo; *“Soy su vecina del frente y quiero contarle que yo practico el una mano lava la otra y las dos lavan la cara. Así que si necesita algo, solo tiene que cruzar la calle”*. Me dejó tan impresionada, que solo me quedé mirandola y las dos nos pusimos a reír. Sin pensarlo le di las gracias y un abrazo. Había nacido una amistad.

Doña Dominga oriunda de Isla de Maipo, es una vecina muy querida y conocida en el pueblo. Madre de dos hombres, tres mujeres y además abuela devota que ayudó a criar a cuatro de sus nietos. Ahora que están grandes, cuando tienen algun problema, todavía ella los atiende y cobija. Ha sido desde siempre jefa de hogar y se las arregla para que todos sepan que ella es quien dirige su casa.

Desde niña le tocó aprender a trabajar cuidando a otros. Cuando joven fue asesora del hogar de algunas familias acomodadas en el campo, también fue recolectora de frutas y verduras en varios fundos. Ahora a sus 66 años, cuando se lo piden los vecinos ayuda a cuidar algún enfermo.

Dominga siempre tiene su casa limpia y muy ordenada. También cuida con esmero un pequeño jardín, en el que cultiva Anaranjados Gladiolos, Rosas grandes y pequeñas, de diferentes colores y aromas, Fresias blancas y amarillas, que con su dulce perfume, me hacen respirar profundo cuando paso frente a su casa. También tiene un sin fin de Siemprevivas, violetas, amarillas y grantes. Ella

las cuida con devoción para llevarlas a su hija muerta. La niña era la mayor, la que ayudó a criar a todos sus hermanos, mientras Dominga trabajaba de sol a sol en el fragor de las cosechas. Un día se enfermó de un resfriado y sin explicación se le pasó a pulmonía, de nada le sirvieron las compresas, ni las tizanas de flores pectorales. La Juanita se fue para el cielo me dice doña Dominga. Ella la va a ver al cementerio del pueblo sagradamente para todas las fiestas y feriados. Después de limpiar y adornar su tumba, le canta de corazón su ranchera favorita.

Desde pequeña la vida puso a prueba a Doña Dominga. Con poco cariño y enormes palizas, aprendió a callar los abusos de sus hermanos, los regañíos de su madre y de joven, los golpes que le propinaba ese que nadie sabe por qué, eligió como esposo. Un día Doña Dominga se aburrió de este hombre golpeador, borracho y mujeriego, que jamás le regaló ningún reconocimiento. Entonces ella lo demandó y lo obligaron a alejarse. Por fin se liberó y desde ese día en adelante se quedó solo con sus críos amados y algunos nietos, guardándose la fé solo para diosito y su adorada Mamita Virgen.

Una tarde me convenció y me tuvo haciendo carapelas amarillas y blancas para adornar la reja de su casa, ya que por su puerta pasaría la procesión de la Mercedita y había que darle la bienvenida. Yo también adorné mi reja para recibir a la sagrada señora, porque me parecía un hermoso homenaje, al símbolo de lo femenino en el mundo. Yo la entiendo, porque estando en una encrucijada dolorosa en mi vida, también le pedí ayuda a la virgen y sentí que la gran madre me había escuchado.

Dominga vive su vida con algunos dolores y achaques. Su cuerpo con tanto trajín, trabajos pesados y secuelas de las palizas del marido, casi siempre le duele. Entonces ella se encomienda a la Virgen de La Merced y concentrada le pide: *“Si me ayudas a sentirme mejor, te prometo que llevaré firme el estandarte el día de tu celebración hasta el final de la procesion ¡Ayúdame mamita Mercedita!* Dominga está segura de que la virgen la escucha y le quita los dolores.

Cuando se acerca la fecha de la celebración de la Mercedita, se le ve muy atareada. Se corta y se tiñe el pelo. Se va a Santiago y se compra zapatos negros, porque tienen que ser iguales a los de sus compañeros. También se busca una pollera azul que combine con su blanca blusa.

En esos días sale muy contenta, con paso seguro a la novena y también a las reuniones que tiene en la iglesia, donde se junta con los anderos (hombres cargadores de la virgen). Dominga es desde hace veinte años, la única mujer andera de la Virgen de La Merced, es quien lleva el estandarte. Otras mujeres y hombres llevan el cordó, que la rodea con cantos y mucha devoción. Les llaman los guardias de honor y cuidan a la virgen el día de la procesión.

Doña Dominga es muy cálida, cariñosa y generosa más también puede ser dura y frontal. La he visto convertirse en una loba cuando se trata de defender sus convicciones. Con valentía suve la voz increpando a los volados, que se ponen justo al costado de su casa a discutir enredos comerciales propios de su tráfico y que no la dejan dormir en paz.

Una mañana aparecieron colgando de los cables de la luz un par de zapatillas frente a su casa. Todos los vecinos nos alborotamos y salimos a la calle porque esa es una muy mala señal. Ella con mucha decisión buscó al responsable y regañándolo como a un niño con los brazos en jarra se las hizo sacar; *“Yo no les tengo miedo a ninguno de estos cabros. No ven que los conozco de guagua”*, nos dijo al vernos sorprendidos.

A veces nos encontramos cuando salimos a barrer la calle y comentamos cosas de la vida. Como es de risa fácil y yo también, siempre hay algo con que divertimos y pasar un buen rato. Inventamos una reunión que se llama “La Juntura”. Consiste en que una vez al mes, una invita a la otra a tomar onces y la atiende con cariño y algunos pastelillos. En ocasiones tenemos también a otra vecina como invitada. Para mi es muy entretenido oírlas comentar sus recuerdos de travesuras juveniles. Con añoranza me cuentan de canales de agua claras donde se bañaban cuando niñas, del bosque que había en esta calle en donde pololeaban y de las fiestas de pata en quincha, en donde bailaban con los amigos y todos se conocían. Las dos son nacidas y criadas en la Isla y lo dicen con mucho orgullo. Conversamos cosas de mayores, comentamos noticias y recuerdos. Dominga nos convence con algún episodio de su vida, en donde la virgen la salvó. Todo en ánimo festivo, lo que ayuda a hacer más corta la tarde, para que la soledad no nos alcance a pellizcar.

El día del magno y sagrado evento, se moviliza casi toda la comunidad Isleña. El tránsito se vuelve loco tomando rutas insospechadas. Las calles se llenan de un pueblo devoto, colegiales, liceanos, empleados municipales, bomberos vestidos

con sus mejores galas, huasos luciendo sus lindas mantas de colores en sus caballos primorosamente adornados, turistas, cantores y grupos folklóricos, que danzan para La Mercedita. También llegan a verla desde los pueblos aledaños familias completas en carretas a caballo y buses repletos vienen a pagar favores y rendirle honores a la gran señora. La acompañan caminando lento a dar la vuelta por las calles del pueblo, hasta dejarla nuevamente en su iglesia. Después todos se van a sus casas donde los esperan unos succulentos almuerzos, bien regados con los brindis en honor a la virgen, porque para eso estamos en una zona de buenos vinos ¡Salud!

Con cara de preocupación Dominga me contó que sus amigas y vecinas no la comprenden y la critican diciéndole; *“Te pones bien creída el día de la procesión y no saludas a nadie”*. Eso la entristece mucho. Ella me comentaba que cuando va en la procesión por la avenida principal, no mira a nadie, porque está en un estado especial, muy concentrada, atenta, con fe llevando firme y en alto el estandarte. Sería muy penoso para ella que por ir distraída riendo y saludando a las vecinas, se tropezara o le pasara cualquier cosa que empañara ese momento tan hermoso, solemne e íntimo, que sólo ocurre entre ella y la mamita Virgen Mercedita.